Escribir para que se entienda

DESDE que, hace ya algunas décadas, la teutónica cabeza del filósofo Oswardo Spengler nos presentó al Occidente en su decadencia, hasta nuestros días, el tema de la crisis de la sociedad ha sido el pan nuestro de cada día en la obra de literatos, filósofos y ensayistas. Hace poco tiempo tuvimos la oportunidad de conocer y entablar diálogo con Alberto Moravia, y el gran novelista italiano nos descubrió que en gran parte del lenguaje de la literatura moderna está patente la crisis de nuestra sociedad, ya que la literatura es sólo el fiel reflejo de la realidad en la que se desarrolla y vive. "Al decir que la novela está en crisis —nos declaraba Moravia—, me refiero a que también está en crisis toda la sociedad occidental. La novela, tal como se la ha conocido hasta los primeros años del siglo, era realmente objetiva, esto es, trataba de un mundo real fuera del propio escritor, y la relación que se establece entre este mundo y el escritor es perfectamente reconocible. Había un campo común de ideas entre el escritor y el lector, por ejemplo, de "Madame Bovary"; libros que podían ser leídos por todos y entendidos por todos". Si del campo literario nos pasamos al mundo de la pintura, nos encontramos en idéntica posición. Gregorio Marañón nos cuenta, en sus estudios sobre Toledo y El Greco, que el pintor en su época y entre las gentes de su tiempo realizó un arte eminentemente popular, en el sentido de que todos se sentían capacitados de entender y apreciar su obra; siglos más tarde el mismo fenómeno se produciría en la pintura de Goya. Había un común mundo de la idea y por eso existía un común lenguaje inteligible para todos. Pero cuando las antiguas ideologías se derrumban, el lenguaje que trata de expresar las nuevas, adquiere, también, nuevas formas. "Efectivamente, donde no existe un mundo común, está de sobra, también, un lenguaje común". Y entonces el escritor o el artista dejan de expresarse en un lenguaje inteligible para todos y hablan su propio lenguaje, introvertido y subjetivo. A fuerza de querer expresar o reflejar la propia realidad, la deforman en el pequeño mundo de sus ideas cerradas. En todo caso, sólo reflejan, en su obra, una característica de la sociedad en que se desarrollan: la confusión de su obra está en relación directa con la confusión existente en la actual ideología de nuestra sociedad.

Y así hay poetas, pintores, novelistas, literatos y artistas de todo género que, aun consagrados, son incapaces de hacerse entender por el común de las gentes. Hablan su propio lenguaje, un lenguaje intelectual, reconocible sólo en el pequeño mundo de un grupo reducido de personas. Y es que, ante todo y sobre todo, han perdido el sentido de lo popular. Tomemos el ejemplo de dos novelistas actuales: Robbe Grillet en Francia y Alberto Moravia en Italia. Mientras los personajes de "El pasado año en Marienbad", obra capital del autor francés, se atormentan —y nos atormentan— hablando un lenguaje que de puro objetivismo llega al abstracto: las criaturas literarias de Moravia, en "La ciociaria", "La Romana", "Cuentos romanos"..., hablan el lenguaje común y espontáneo con el cual se entienden y se comprenden el resto de los demás mortales. Porque el fondo y la raíz de toda lengua está en el pueblo; él la ha inventado y a él le pertenece. Y quien no hable en su propio idioma deja de estar dentro de la verdadera realidad. El idioma popular es la realidad de hoy, porque "el lenguaje de la clase culta ya no es capaz de representarla". Gran parte de la literatura moderna adolece de este defecto: hablan por boca de intelectuales cultos tarados con el vicio de su incapacidad para hacerse entender y que, raramente, se comprenden entre ellos. Quieren hablar y expresarse y no se dan cuenta que sus voces no son más que estridentes quejidos a las que las falta el principal elemento de comunicación: el lenguaje en el más estricto y puro de sus sentidos. Y como son incapaces de hacerse comprender, se encierran a llorar en el pequeño recinto donde se encuentra el muro de sus propias lamentaciones escritas con el jeroglífico de su subjetivismo.

JAVIER PEREZ PELLON

EL CABALLO DE TROYA

LA LECTURA RELIGIOSA

NO voy a basar estas consideraciones en las estadísticas. No hace falta. Dime lo que lees y te diré quién eres, o al revés, dime quién eres o cómo eres y te diré lo que lees. Y es evidente que se tiene poca lectura religiosa y que se leen mal los libros religiosos, porque es bastante notoria la incultura religiosa y, muy superficial, generalmente hablando, la vivencia de lo religioso. Y esto es más lamentable si se considera que esta ignorancia abarca todas las esferas de la sociedad, concretamente española. (Sin ignorar que, en otras latitudes, la ignorancia es mucho mayor).

No es el momento de sacarle punta a datos concretos. No, de verdad, no hacen falta esos casos. Mucho más significativo y aleccionador es constatar el escaso conocimiento que se tiene de los fundamentos de la religión, como verdad y como vida. ¿Qué idea se tiene de Dios, de Jesucristo, de la Sagrada Escritura, de la Iglesia, de los Sacramentos, de las virtudes cristianas, del proceso de la vida interior? ¿Cuántos practican la relación inseparable de religión y vida? Ciertamente están en franca minoría los que tienen una idea unitaria de lo que abarca el concepto de religión, y, más concretamente, de religión cristiana.

Para muchos, Dios es el Ser de la santidad implacable, exigente y, a veces, cruel; y, lo que es peor, el Ser lejano y despreocupado. Parecen no haber recibido la revelación de su paternidad. No parecen creer en su definición como Amor que «nos ha amado primero». No saben que es más íntimo a nosotros que nosotros mismos. Cristo no parece ser, para lo más, el recapitulador, el que instaura todas las cosas en El, el Camino para ir al Padre por el Espíritu y por la acción maternal de la Virgen: ¿Cuántos caen en la cuenta de que nuestra religión no consiste en «algo» sino en Alguien?

Para otros, la Biblia es un libro clásico de la literatura universal. Un libro cerrado e incomprensible. ¿Quiénes viven en la Iglesia y de la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo, y Comunión de los santos, en perfecta solidaridad con sus hermanos? Cuántas veces los Sacramentos se reducen a efemérides, acontecimientos y cumplimientos de la vida particular, sin caer en la cuenta de su razón de signos reales y eficaces que transmiten y realizan la vida en Cristo.

En fin, para no alargarnos en las respuestas a los interrogantes, clavados, como arpones, en la conciencia de la sociedad «cristiana» de nuestro tiempo, nos bastará dolernos considerando el divorcio que existe, en gran parte por ignorancia, entre la religión y la vida. Resumiendo a Berdiaev, diremos que la mayor parte de los cristianos deca-

dentes dan prueba de poco espíritu de sacrificio; apegados a los bienes materiales y a la buena vida, se preparan a gozar de los consuelos de la vida futura. El espiritualismo y el idealismo religiosos y filosóficos se asocian a la injusticia de la vida terrenal y al materialismo práctico. La verdad transportada al Cielo aparece como un obstáculo a la realización de la verdad en la Tierra. El cristianismo sirve para alcanzar beneficios y aumentar la hacienda. La condena de la injusticia, de la mentira, de la hipocresía de la llamada sociedad «cristiana» alimenta el espíritu antirreligioso. El pecado y la indignidad de los cristianos son los argumentos que sirven para atacar al cristianismo en su esencia misma. (Es duro, pero verdadero, este juicio general de Berdiaev que hemos transcrito en sus palabras textuales, permitiéndonos, tan sólo, poner en presente lo que él escribe en pretérito por exigencias lógicas del contexto).

No hace falta más para probar la deficiencia de lectura religiosa. Pero no todo el mal consiste en no leer, sino, más frecuentemente, en no saber leer bien. La lectura religiosa debe hacerse religiosamente si queremos conseguir algo más que una información y un cúmulo destrabado de ideas. Debemos preparar la atmósfera necesaria, el ambiente cálido del espíritu. Necesitamos recogimiento. Y luego dejar que las palabras vayan a su centro. Dejarlas crecer y madurar. Del fondo de nuestro silencio se alzará la voz que necesitamos. Y se hará la luz.

Debemos estar atentos a la palabra que va obrado en nuestro interior y que nos abrirá el sentido de todas las cosas. hasta ofrecernos la imagen viva de todo lo que existe. Definitivamente, se nos revelará la Presencia inefable que nos irá transformando en ella misma. y entonces será verdadero nuestro conocimiento —también el conocimiento de nosotros mismos— porque llegaremos a conocer todas las cosas en Aquel que, conociéndolas, las está siendo.

Sabremos que la palabra de los libros verdaderamente religiosos nos preparan para el momento en que, desapareciendo o callándose ellas mismas, se deje oir, sin palabras subsidiarias, la Palabra Unica y Verdadera: la Palabra de Dios que es El mismo.

Jesús Tomé, C. M. F.

EL FAROL DE LEIGHTON

DURANTE la guerra de 1939 a 1945, el sociólogo norteamericano A. H. Leighton fué nombrado jefe del «Foreign Morale Analysis Division», cuya misión era la de informarse y analizar la capacidad de resistencia psicológica del enemigo, su tono moral de lucha. La sección dirigida por Leighton se ocupaba del Japón, y después de minuciosos interrogatorios de los prisioneros, así como de la lectura de cartas a ellos dirigidas y de otros documentos, Leighton llegó a la conclusión de que los japoneses aceptarían la rendición, siempre que ésta se les ofreciese en términos que no hirieran su amor propio. Estaban cansados y mal alimentados y reconocían la superioridad militar y técnica de los americanos.

Pero los informes que Leighton hacía llegar en este sentido a las autoridades no conseguían más que convencer a los que ya estaban convencidos de que no era preciso emplear medidas drásticas con los japoneses para acabar la guerra, pero no impresionaban en absoluto a los que de antemano habían tomado una resolución.

Y como estos últimos eran los más numerosos, la decisión se tomó en este sentido, e Hiroshima y Nagasaki quedaron condenados al horror de la bomba atómica. Leighton comprobó entonces la impotencia en que se hallan los sociólogos y moralistas para influir sobre los políticos, que incluso les han consultado, y en su libro «Human relations in a Changing World» alude a este drama con una sugestiva metáfora. Las ciencias sociales, dice él, son para un hombre de Estado lo que un farol para un borracho: el borracho no busca la luz, sino un punto de apoyo.

Y es, desde luego, una actitud desconsoladora y terrible, porque esos políticos hasta irán a una conferencia de desarme, pero a buscar el punto de apoyo para lanzar la bomba que llevan en el bolsillo, no el desarme. Incluso una verdad tan clara como la del peligro atómico, un farol tan luminoso, permite que muchos se apoyen en él, sin recibir su luz. Basta poner la mano en forma de visera por encima de los ojos y continuar las pruebas y la fabricación del suicidio colectivo.

Si el hombre descubre este juego tarde, reniega de todo y se retira a su casa, a sus asuntos, herido y decepcionado, pero si descubre el juego en la juventud se rebela. El fenómeno de la delincuencia juvenil, en muchos casos, puede tener aquí su raíz. En «La paz del domingo», traducción francesa de «Look Back in Anger», de John Osborne, una especie de escritor teddy-boy, Jimmy, el protagonista, se dedica a romper con las estridencias de su trompeta la falsa paz de las conciencias en un domingo, porque ha descubierto que esas conciencias no creen en la paz, ni en el domingo, y, desde luego, solamente practican los ritos religiosos como unas reglas higiénicas que no dan luz ni vida, pero sí sirven de faroles que sostienen bastante bien la mentira social.

Afortunadamente queda todavía en el mundo la conciencia de que una verdad debe servir para hallar la luz, pero no para apoyarse en ella; afortunadamente se protesta todavía contra la gran mentira que se apoya hasta sobre cosas sagradas. Aunque esa protesta sea la de los teddy-boys. Me parece bien que desaparezcan mañana mismo estos jovencitos delincuentes o semidelincuentes, pero me parece difícil que un muchacho que ha recibido cuatrocientos golpes en su vida, que averigua que a las personas mayores les tiene sin cuidado la verdad y todo lo más puro y noble que hay en el espíritu humano, que están a su juego sucio vestido de tul ilusión, me parece difícil, digo, que se les pueda impresionar con el coco de los tribunales y aun de la horca. Me parece bastante cínico que esos mismos mayores hablen de regenerarlos.

Desde luego, no tenemos derecho a pensar que los políticos son unos impostores y negarnos a suministrarlos informes y toda la ayuda; desde luego, no podemos ser teddy-boys y gritadores perpetuos, pero ni los políticos, ni una sociedad hipócrita podrán nunca apoyarse sobre las verdades como si fuesen un farol, si vivimos esas verdades de manera tan verdadera y tan sencilla que sean como lámparas colgadas que dan una luz potente y en las que uno no puede apoyarse. Es mucho mejor esto que destruir continuamente faroles. Si a las autoridades americanas que no escucharon los informes de Leighton, porque ya estaban decididas a lanzar la bomba, se les hubiese convencido de que una guerra no puede ganarse de cualquier manera, hubiesen prestado oídos, sin duda. Pero la mentira les envolvía, la luz no les llegaba y se apoyaron en el farol para disparar. La moral era vivida a su alrededor como un farol también. Siguieron la corriente.

JOSE JIMENEZ LOZANO

Carta abierta a Miguel Angel Pastor

"Cuando Europa es escuela de malas costumbres"

SU artículo, amigo Pastor —permítame esta inicial, sincera y afectuosa cortesía—, ha tenido la difusión que usted esperaba. Al menos puedo asegurarle que ha llegado hasta el corazón mismo del Canton de Vaud para caer en manos de un servidor, quien se ha encargado, a su vez, de difundirlo entre los que constituyen sus habituales contertulios. Unos dinámicos y rubicundos suizos con los cuales comparte su pan y de los cuales aprende un poco de ese complicado laberinto de la ciencia médica.

He de confesarle que tanto mis colegas como yo mismo hemos sentido la honda satisfacción de vernos copartícipes de idénticos puntos de vista respecto de lo que usted, acertadamente, llama casticismo y afrancesamiento excesivos, palabra esta última que, por la ligera agresividad que pueda encerrar, me he permitido traducir por extranjerismo.

Sin embargo de lo anterior, ciertos extremos de su artículo me resultan particularmente oscuros y otros han tenido la curiosa propiedad de inducirme a pergeñar esta amistosa réplica, tras haber producido en mi ánimo una a modo de inquietud.

Yo espero que su evidente y clara amplitud de pensamiento le permitirá aceptar de buen grado esta leve intromisión en lo que pueden ser, más o menos, sus propios puntos de vista.

Comencemos por el problema de la frivolidad. No alcanzo a ver lo que usted entiende por tal. O mejor dicho, no acierto a comprender qué clase de frivolidad es la que los turistas europeos transfieren a nuestra Patria. Según su criterio y como resultado de la convivencia entre el elemento nacional y el turista, se establece una transferencia positiva de algunos componentes frívolos, tales como el baile llamado «twist» y la ingestión de vodka y whisky.

Dejando de lado los aspectos puramente conceptuales que el término frivolidad encierra y pasando por encima todo comentario acerca de los dos productos líquidos que menciona, quisiera centrar el problema en el baile denominado «twist».

Creo, sinceramente, que tachar de frívolo al danzante de «twist» es una evidente ligereza. Sin pretender, ni mucho menos, hacer una teoría de la danza ultramoderna me permito decirle que por múltiples motivos, estéticos en su mayoría, el «twist» resulta estimable y yo le aseguro que si uno es capaz de mirar sin usar de ojos pedunculados e insinuantes la tal danza resulta de una clara belleza.

Si me permite una confesión particular le diré que yo he sido conquistado por tan menádico baile ante la exhibición de algunos de mis accidentales alumnos con ocasión de una fiesta estudiantil a la que tuve ocasión de asistir. ¡Ah!, y no soy sospechoso de «bailón» —como dicen en nuestra tierra—, entre otras cosas, porque diversas circunstancias, algunas de ellas propiamente físicas que me es doloroso recordar, me han reducido a la situación de mero, pero sincero, espectador de las manifestaciones de la juventud bulliciosa. Claro que esto no me exime de ser frívolo, según su criterio.

Toda esta larga disertación viene a cuento porque si la importación extranjerizante que usted vitupera es concretamente el «twist», he aquí que este humilde servidor le confiesa que no es para maldecirla, sino para aceptarla, y mejor temprano que tarde, no sea que nos suceda como a mi pobre abuela, que tras severísimas críticas acerca de un baile tan pausadamente rítmico como era el «foxa» de hace unos años, murió la pobre advirtiendo el triunfo del mismo en toda la línea. Ante la complejidad creciente no hay más remedio que rendirse. Es una ley biológica que alcanza, tal es mi criterio, a todas las manifestaciones vitales, incluso a las más aparentemente frívolas.

Pero muchísimo más importante que este problema del baile de última moda es un aspecto claramente dañoso para algunos de mis amigos que gustan de disfrutar sus vacaciones de un modo que a usted se le antoja absolutamente pernicioso.

Encuentro desacertado afirmar que por ejemplo el «short» que habitualmente usa el extranjero para sus excursiones a la montaña o a la playa —por citar un ejemplo que usted mismo utiliza— sea transportado a nuestra Patria con la peregrina intención de deslumbrar a los habitantes de nuestra querida piel de toro. De ningún modo puedo admitir —a lo cual asienten unánimemente mis colegas— que los turistas decidan, al llegar a la frontera, meter sus «grandes y estartaladas chaquetas» compradas en «los grandes almacenes de ropas confeccionadas de grandes ciudades de Europa», para «vestir el «short» detonante y deslumbrar a los nativos». Porque, como dicen mis contertulios, o usted estuvo en pleno invierno en Bruselas o de lo contrario tuvo que tener ocasión de ver las mismas personas que ennegrecen en la Costa Brava pasearse en «short» por los senderos de la verde y adorable Bélgica.

Sinceramente. Creo que pensar que existen personas decididas a pasarse el año ahorrando moneda a moneda para ir luego a frivolizar a nuestra Patria es o tener una idea peregrina de lo que es frivolidad o tener «una idea pintoresca y fantástica de lo que es Europa»... y permítame que use de sus propias palabras.

Estoy de acuerdo con usted —y de estas sutilezas no pude hacer partícipes a mis colegas— en que ciertos extranjeros llevan dóquiera que vayan sus costumbres perniciosas como concha que arrastra el caracol, del mismo modo que aquí en Lausanne determinado sujeto o sujetos, desgraciadamente nacidos en nuestra querida España, han sido varias veces amonestados, algunas de ellas delante de mis propios ojos, por exhibir y manifestar determinadas... costumbres depravadas. La contaminación de una depravada costumbre, le aseguro, requiere una cierta predisposición en el receptor. Pero dejemos este aspecto, que nos llevaría a tocar problemas psicológicos complejos y quizá molestos.

Creo que tanto a usted como a mí nos indigna un poquitín que sólo nos visiten para disfrutar de nuestras playas, de nuestra montaña, de nuestro sol y de nuestros vinos. Mas yo me permito insinuar, ¿no cree usted que el día que nuestra ciencia, por ejemplo, alcance el lugar que le corresponde vendrán a cientos los extranjeros dispuestos a aprender? Yo le aseguro que entonces todos, absolutamente todos, vendrán con pantalón, chaqueta y flexible.

Hubiera querido terminar aquí esta ya larga carta. Pero una nueva lectura de su artículo me ha vuelto a incitar un poquitín.

Según sus palabras «nadie se molesta en aprender a fondo un idioma, pero...» Amigo Pastor: ¿no cree usted que quizá suceda que el español medio que ha cursado siete, fíjese bien, siete años de lengua extranjera en el Bachillerato —al menos el de mis tiempos— sin conseguir una mínima soltura, habrá renunciado a progresar en este sentido, rendido ante la evidencia? Magnífico artículo, que galantemente le brindo, éste de la enseñanza de las lenguas extranjeras en algunos colegios de segunda enseñanza.

Y termino. Si ciertas convivencias le dan «asco», ¿por qué se duele de que la llave para entrar en estos círculos convivenciales sea el «desparpajo y la desahogada situación económica»? En lo que a mí respecta, creo que tal situación implica una inestimable ventaja. Los «ahogados» económicamente estamos vacunados contra tal contaminación. Alguna ventaja habríamos de tener.

Con un cordial saludo,

SANTIAGO BENITO-ARRANZ
(Lausanne, 17 de julio de 1962.)

* * *

P. S.

Concluída esta carta he tenido ocasión de ayudar a resolver ciertas dificultades a dos «contaminados» españoles que se paseaban en «short» por la avenida de Bethusy. Me he quedado con ganas de preguntarles si en su Madrid natal usan también este atuendo para darse una vuelta por Serrano. Sin duda que la «contaminación» hace estragos.

Puntualizaciones a la carta del señor Benito-Arranz

AGRADEZCO, en principio, la atención y el interés que mi artículo ha merecido a mi ilustre impugnador. Quienes creemos en el diálogo como expresión cultural y como postura ante la vida, hemos de ver siempre en las opiniones de los demás algo merecedor de nuestro respeto y —¿por qué no?— de nuestro agradecimiento. Me permitiré, no obstante, por lo que veo de desenfocado, una breves puntualizaciones a los conceptos del autor de esta carta abierta, cuya tesis admito, aunque, sinceridad por sinceridad, no suscribo.

El señor Benito-Arranz se extiende excesivamente, en la definición y defensa del baile llamado «twist». Si repasa mi artículo, observará que ni elogio ni condeno este ritmo. He intentado establecer un origen frívolo en parte de las actitudes vitales de nuestra juventud que corre tras las novedades de última hora, como sucede en este caso. Pero nada más.

Otra de las objeciones de mi contradictor se resume en la idea del turismo. Es evidente que cuando el turismo lo hacen millones de personas habría que analizar millones de casos. Por desgracia, el imperante, tal como lo veo yo, es el que denuncio. Estuve en Bruselas un mes de agosto y puedo decir al señor Benito-Arranz, que para que me despacharan una cerveza a las diez de la noche, tuve que llegarme a un establecimiento que aún no había echado las trampas, tras encontrarme cerrados ocho o diez. Me supongo que a esta hora se cierra por dos razones elementales: la primera porque la parroquia se encuentra en sus casas, es de suponer, que durmiendo, y la segunda, porque no hay razón de tener abierto un establecimiento cuando el público no hace uso del mismo.

Varios puntos de vista, tales como el del atraso de nuestra ciencia, el turismo noble de los intelectuales, etc., no encajan en la idea de la impugnación, si bien hago míos los postulados del señor Benito-Arranz.

Lo que verdaderamente me asombra es la postura del citado señor, cuando dice, refiriéndose a lo que podríamos denominar «turismo de alturas» que los «ahogados» económicamente estamos vacunados contra tal contaminación». Esta actitud se me antoja inhibicionista y peligrosa. El que, por principio y por razones crematísticas, el señor Benito-Arranz, y también el que suscribe, se encuentren al margen de estas formas organizadas de vida, no debe excluir la repulsa y el asco que nos merecen estas antisociales manifestaciones comunitarias. Tampoco es cosa, me parece, de cerrar los ojos. Yo invito al señor Benito-Arranz a considerar una de las facetas más lamentables de este turismo caro. Me refiero a la atracción, incluso monetaria, que algunos de nuestros acendrados y elementales celtibéricos, admiten por parte de ciertos núcleos de extranjeros que, ovarte del sol, gustan del carácter ardiente de nuestra raza. Se trata de una lacra, ante la que no podemos permanecer pasivamente.

Mi impugnador me brinda un artículo a propósito de la pereza o la desorganización en los estudios de idiomas en nuestro país. Galantería por galantería, me permito ofrecerle ocasión para otro trabajo, que la lectura de su amable carta me ha sugerido. Ante la exhibición que dice que algunos de sus accidentales alumnos hacen del «twist», observo que son aplicados en esta materia. Y me pregunto, especialmente si se trata de nacionales, si esta aplicación se da con la misma facilidad en otros sectores, harto más importantes y, por desgracia, bastante abandonados por la juventud estudiosa. Por ejemplo, el conocimiento de las realidades sociales del tiempo y el país en que viven.

Acepte el señor Benito-Arranz estas notas, redactadas con el mismo respeto y sinceridad que su carta.

MIGUEL ANGEL PASTOR

EN ESTA HORA DEL MUNDO

NOS ENTRISTECE

MAS PRUEBAS NUCLEARES

El esperado anuncio, según el cual la Unión Soviética reanudará, desde el 5 de agosto al 20 de octubre próximo, una nueva serie de pruebas nucleares. Por supuesto que estas pruebas son "exigidas para la seguridad y la paz del mundo".

Después de ellas, los Estados Unidos realizarán, a su vez, otra nueva serie, sin duda "exigida también para la protección de la paz y la seguridad del mundo libre", y así seguirá rodando la bola de la inconsciencia y la irresponsabilidad de la "élite" gobernante en ambos países, que ha demostrado en numerosas ocasiones tener las mismas ideas sobre muchas cosas. Entre otras, sobre la de armarse hasta los dientes para meter miedo al adversario.

A pesar de todo, esperamos, de verdad, del Presidente Kennedy al menos, que algún día se librará de las múltiples presiones de los que todavía creen que la paz puede levantarse sobre un polvorín de armas y de miedo. Y esperamos que el señor Kruschef dé su brazo a torcer, por fin, en la cuestión del control de armamentos sin abrigar por más tiempo ideas sobre la soberanía nacional, dignas de los tiempos del Rey Sol.

GOLPE MILITAR EN EL PERU

La resurrección de las viejas costumbres decimonónicas de las "revolucioncitas", cuando no gustan los resultados de unas elecciones o cualquiera otra cosa. Esas revolucioncitas siempre han significado, desde luego, el triunfo de la fuerza bruta y del capricho sobre el derecho, lo que constituye ciertamente un pésimo ejemplo para un pueblo y, sobre todo, para un pueblo hambriento, como lo están casi todos los de Hispanoamérica; pero además, en las circunstancias de activísima propaganda comunista y castrista que se está desarrollando en aquel continente, esos golpes de fuerza pueden ser fatales. Porque lo que hay que hacer es no permitir que exista una situación de injusticia que sirva de base a una acción revolucionaria, porque si esa base existe, no se pararán ciertamente con cañones sus consecuencias.

NOS ALEGRA

"TELSTAR"

El éxito obtenido por los norteamericanos con el lanzamiento y la utilización para comunicaciones transatlánticas del vehículo espacial "Telstar". Nos alegra por la revolución que significa en el orden técnico de las comunicaciones y, en último término, del acercamiento de los pueblos. Por lo que tiene de esperanza de un mundo nuevo, sin guerras frías ni calientes, en el que todos los países se envíen mutuamente las imágenes de su felicidad y también las llamadas de auxilio de sus necesidades. Por lo que tiene de llamada a que los absurdos gastos de guerra sean destinados, cuanto antes, al progreso técnico y económico, social y cultural del mundo entero.

El otro señor "K"

El señor Kayibanda, Presidente flamante de la flamante República de Ruanda-Urundi, que acaba de estrenar su independencia. Otro señor "K" entre los señores Kennedy y Kruschef, pero tan diferente de ellos por todos los conceptos, desde la simplicidad y la pobreza en que vive hasta sus ideas político-sociales. El Presidente Kayibanda abre él mismo la puerta de su casa, posee un coche baratito, tiene un sueldo muy modesto, sin más clase de añadidura, y su mujer se ocupa con las vecinas en el cultivo de judías y otras hortalizas. Desea pan y cultura para su pueblo tan hambriento e ignorante, no habla mal de los colonizadores belgas, se hace cargo de los terribles problemas que tiene planteados, para los que pide la ayuda europea y llama libertad a la posibilidad de desenvolvimiento perfecto de todos los valores humanos en cada hombre y mujer de su pueblo. Espera, en fin, hacer una revolución cristiana: "Un mundo donde el hombre no tiene libertad, ha dicho, no es un mundo cristiano. Tenemos en la religión de Cristo muchos elementos de revolución. Pero yo creo que los cristianos no son bastante revolucionarios." Es la única tristeza del Presidente Kayibanda, pero él espera que Ruanda dé en esto un ejemplo al mundo.